

Capítulo 45 - - Luces pálidas

- [Capítulo 45 - - Luces pálidas](#)

Capítulo 45 - - Luces pálidas

Cuatro, Tristan contó mientras la espada atravesaba la garganta de Augusto Cerdan.

Aunque se permitió un momento para saborear la satisfacción de haber dejado a otro Cerdan en el suelo, algunas precauciones eran necesarias. Limpió su garganta, se inclinó cortésmente para pedirle a Shalini que disparara dos veces más en la cabeza de Augusto, solo para asegurarse. La tiradora resopló, pero al instante siguiente le disparó en la cabeza y en el corazón, aún con vida, en un latido. Usando simplemente su mano, sin su contrato, como demostraban las giros innecesariamente vistosas de sus pistolas.

Tredegar les dirigió una mirada con cierta desaprobación, pero Tristan no estaba dispuesto a correr riesgos con un contrato de Boca Roja. Con razón: un latido después, el cadáver de Augusto empezó a encogerse.

Se agitó, deformó y se devoró a sí mismo desde adentro, hasta que el cuerpo quedó reducido a cuero marrón con una herida en el estómago que lo atravesaba por completo. Cuando finalmente dejó de moverse, abriéndose como una arcilla al sol en la Calina por demasiado tiempo, un silencio se apoderó del grupo.

“Retiro el resoplido”, dijo finalmente Shalini. “Bien hecho, amigo”.

Tristan inclinó su tricorne hacia atrás. No era todos los días que podía disponer de la descomposición de un infanzon y salir beneficiado de ello. Tredegar se aclaró la garganta, con una expresión de incomodidad. Como una joven que asiste a su primer baile en lugar de la tormenta de muerte que había atravesado de forma casual a un hombre y había ejecutado a otro con frialdad, por una cuestión técnica. El ladrón dudaba que alguna vez se acostumbrara a esa diferencia.

“Sí, ciertamente”, dijo Angharad. “Pensaba que estaba muerto”.

Pero para ser justos, ella había apuñalado hasta matarlo. Y merecía un poco de cortesía por tachar otro nombre de su lista sin levantar sospechas sobre él.

“Supongo que todos nosotros habríamos hecho lo mismo en su lugar”, dijo Tristan. “Pero el Señor Augusto contrató con un dios de la Antigua Noche, y estos están hechos de un material más duro.”

Los dioses que gobernaron Vesper antes de la llegada de Morn quizás fueron derrocados de sus tronos, pero incluso sus remanentes eran cosas terribles.

“Eh”, resopló Fortuna con desprecio, apoyándose en su hombro. “Eso también se puede superar, estoy bastante seguro. Pregúntale a la chica si te dispara también a ti”.

La Dama de las Probabilidades Invisibles fue ignorada, como correspondía. Por la chispa de gratitud en el rostro de Tredegar, parecía creer que él actuaba con cortesía en lugar de sinceridad, lo cual resultaba algo gracioso, pues por una vez había sido completamente franco con ella.

“Los huecos que mencionó Lord Augusto hablaban de un pasaje oculto fuera de Cantica, escondido cerca, y uno de ellos incluso lo encontré”, continuó la ladrona. “Si me das un momento para buscar, seguramente podremos dejar esta ciudad atrás al fin”.

“Sería maravilloso”, sollozó Lord Zenzele.

Lo habían ayudado a salir del callejón, Ferranda parecía bastante preocupada por su estado. No sin razón, dado su herida en el vientre y su ojo perdido, pero Tristan le daba buenas probabilidades de sobrevivir ahora. Si estuvieran en la naturaleza salvaje, el Malani no sería más que un cadáver, pero ahora la Guardia estaba aquí. La sola sangre que escurría no sería suficiente para matarlo, y con un buen médico cuidándolo, el Malani podría evitar la infección, la complicación más probable que lo enviaría a su próxima vuelta en el Círculo.

A Tristan le tomó menos de un minuto hallar el pasaje oculto que llevaba fuera de Cantica. No era más que una grieta poco profunda bajo la empalizada, lo suficientemente grande para atravesarla si estaban dispuestos a ensuciarse un poco, pero servía perfectamente. Antes, había sido camuflada por una roca y un ángulo en la tierra—alguien había elevado una pequeña pendiente a un lado para que pasara desapercibida—pero la esclava en fuga no se molestó en devolver esas alteraciones tras arruinar el camino.

Después de anunciar su hallazgo a los demás, Tristan permitió que la tensión en sus hombros se relajara. Con el paso descubierto, no habría más conversaciones sobre escapar del asalto de la Guardia en la prisión y, por tanto, no sería necesario explicar el cuerpo de Cozme Aflor. El ladrón creía sinceramente que habría logrado convencer para evitar esa tumba, pero sería mejor no pisarla nunca si podía evitarlo.

Aunque los más altos entre ellos — Zenzele y Angharad — parecían algo mareados ante la perspectiva de atravesar esa estrecha abertura, nadie argumentó contra abandonar Cantica. Todavía existía el riesgo de ser atrapados entre el operativo de la Guardia y algunos cultistas en fuga, o peor aún, por algún diablo que se negara a avanzar. Formaron una retaguardia para cubrirse y comenzaron a cruzar, Tristan siendo el primero en pasar. Arrastrando su vientre por la tierra, el ladrón emergió en un pasto desvaído de color amarillo.

Hizo espacio para Ferranda Villazur, limpiándose el polvo mientras se ponía de pie. No se veía rastro de la muchacha hueca que había visto antes, pero si tenía algo de inteligencia, seguiría corriendo. Song había mencionado que la Guardia rodeaba la ciudad, pero a menos que el destacamento en Tres Pinos fuera mucho mayor de lo que sugerían los suministros en la Bluebell, el cerco no sería hermético. Ella tenía una oportunidad de atravesarlo.

Buscando su tricornio en la bolsa en la que lo había guardado para la travesía, el ladrón le quitó la mayor parte del polvo y se lo colocó de nuevo. Mucho mejor.

—¿Sabes que ese sombrero está fuera de moda desde hace una década, verdad? —dijo Lady Ferranda con tono divertido.

La infanzona parecía magullada y cansada, pero al igual que él, el alivio de haber escapado de Cantica le otorgaba un segundo aliento.

—La moda actual lleva plumas, Villazur —respondió Tristan con desdén—. Si yo estuviera destinado a ser un pájaro, habría nacido uno.

La infanzona tocó el Círculo en su hombro izquierdo, con los labios fruncidos en una mueca.

—Eso es herejía —le informó—. Palingenesismo, para ser exactos. Solo los cultos someshwari creen que el Círculo puede convertirnos en animales.

—Bueno, deben tener razón —dijo el ladrón con facilidad—. ¿De qué otra forma explicarías a los cerdanos si no fuera una vida pasada como algún tipo de cerdo?

Ella se ahogó, aún riendo cuando Song salió por la abertura y preguntó sobre qué estaban hablando.

—La herejía inherente a la condición porcina —le explicó a la Tianxi.

—Me impresiona que admitas ser testarudo —respondió Song sin pestañear—, pero eso no es herejía, Tristan. No seas tan duro contigo mismo.

—Duro —apreció Ferranda.

Y ahora la nobleza conspiraba con extranjeros para aprovecharse de los buenos y honestos habitantes de Sacromonte. Típico. En lugar de dejarse manchar aún más, el ladrón — profesión tan honesta como cualquier otra en la Ciudad — sugirió que improvisaran un campamento si planeaban quedarse por aquí hasta que la Guardia terminara con Cantica. Al fin y al cabo, nadie podía saber cuánto tiempo tomaría.

Song señaló un pozo para quemar basura que había pasado por alto a una docena de pies a su izquierda y Ferranda se ofreció a encender una hoguera. Ella lo convocó como ayudante, con la sorpresa visible cuando admitió que sabía poco sobre el uso de pedernal y yesca. No era culpa suya, pensó el ladrón con irritación, que sus lecciones sobre encender fuegos fueran estrictamente acerca de incendios intencionados, un ejercicio que generalmente requería herramientas más elaboradas que piedras afiladas y yesca.

Todavía quedaba algo de basura en el pozo, principalmente huesos de animales y fragmentos de cerámica, pero afortunadamente también había algunos troncos restantes. Bastó para que la infanzona encendiera un fuego, sirviéndose además como un obstáculo contra el viento en sus esfuerzos, aunque quizá tendrían que salir en busca de leña si las llamas permanecían encendidas por mucho tiempo.

El resto fue llegando uno tras otro, aunque la única dificultad surgió con Zenzele. Necesitaba ayuda de ambos lados, Tredegar lo empujaba desde una y Shalini lo arrastraba hacia arriba desde la otra. La parte más delicada era hacerlo sin abrir aún más sus heridas, pero parecían manejarlo con bastante destreza. Aunque los siete mantenían sus armas cerca, al acomodarse alrededor del somewhat apestoso fuego, algunos las bajaron un poco.

La batalla no había terminado, eso lo dejaba claro los disparos y gritos provenientes del interior de Cantica, pero ellos sí estaban al margen de ella. Aunque aún hubiera demonios o cultistas merodeando, lo más probable era que estuvieran escondidos en lugar de buscar pelea. Aun con la cautela que los dominaba, el calor del fuego y la relativa seguridad facilitaron que la conversación comenzara, principalmente sobre lo ocurrido desde que se separaron.

Eso los llevó a una desagradable sorpresa.

“Lan huyó hacia el sur cuando los cultistas salieron del bosque”, dijo Ferranda. “Uno de ellos le alcanzó con un disparo de mosquetón, y aunque Lady Angharad intentó ayudarla a regresar—”

“Llegué demasiado tarde”, dijo Tredegar con tristeza. “La bala le atravesó la cara. La muerte fue instantánea.”

La mandíbula de Tristan se apretó y evitó la mirada inquisitiva de Maryam. Lan no había sido una amiga ni siquiera una compañera, no había necesidad de sentir lástima. Solo estaba sorprendido. El ladrón había pensado sinceramente que Lan lograría llegar hasta el final, por lista y cautelosa que fuera. Y casi lo logró, pero casi nunca cuenta. Si ella no hubiera huido, entonces... no se podía saber. Quizá los cultistas habrían disparado a los demás en su lugar, matando a Song o Ferranda.

En su lugar, Lan se convirtió en el blanco principal y pagó por ello. Solo bastó un error.

“Ahora que sabemos que la Guardia ha rodeado la ciudad, me pregunto si los cultistas no estaban huyendo de los velos negros”, dijo Song, mirando las llamas. “Estaban bastante empeñados en seguirnos hasta la ciudad, casi desesperados.”

“Imagino que podremos preguntar a los halcones si logramos sobrevivir la noche”, suspiró Shalini, después levantó una ceja hacia ellos. “¿Y qué estaban haciendo vosotros? Os faltan dos.”

“La artillería de la Guardia en Cantica anunció de manera efectiva el fin de la Prueba de las Hierbas, y por tanto, cualquier justificación posible para mantener la tregua”, dijo Zenzele Duma con calma. “Busqué justicia para Ayanda contra el último arquitecto de su muerte.”

Eso hizo que todos comenzaran a hablar; el señor Malani, resistiendo la tormenta de preocupaciones, ánimos y desaprobaciones con un temple sorprendente para un hombre que apenas parecía mantenerse consciente. A Maryam se la elogiaba por haber regresado y ayudado al parecer después de que Tupoc lograra escapar, ignorando su insistencia en que evitaba a los mismos cultistas a quienes, en última instancia, estaban huyendo. Con esa historia, la conversación se centró en la parte de Tristan.

“Perseguí a Cozme, pero él es rápido y mi pierna está herida”, dijo el ladrón. “Tuve que detenerme cuando encontré a dos demonios yendo hacia la puerta principal, y después de eso me dirigí a la cárcel para esperar a que todo esto terminara. Los otros dos me alcanzaron allá.”

“Hace tiempo que no veo a Cozme Aflor desde que salió huyendo”, dijo Zenzele con suavidad. “Probablemente esté muerto.”

Tristán hizo un esfuerzo por no sonreírle al joven señor, quien comenzaba a caerle bien. Malani, pensó, solían ser bastante confiables cuando uno quedaba en deuda con ellos. Zenzele Duma los consideraría ahora a mano, por haber cuidado sus heridas anteriormente, pero eso le parecía bien. Esas dos frases habían sido más que suficiente recompensa por el servicio.

No importaba si no se creían del todo; entre él y Zenzele había suficientes personas convencidas de que aquello era cierto, que no habría discusión. La mirada plateada de Song permaneció fija en ambos, pero ella no tenía interés en este asunto, así que ¿para qué molestarse? La única amenaza surgía cuando detectaba duda en la mirada de Tredegar, algo que parecía dirigirse más a Zenzele que a él mismo, curiosamente. Cualquiera que fueran sus sospechas, nunca las expresó en voz alta.

Parecía que Tristan había logrado salir airoso de aquella situación.

--

Todos lo vieron cuando la emboscada ocurrió al sur de Cantica.

La noche se rompió en un estruendoso estruendo que iluminó el bosque a lo largo del camino de tierra, con gritos resonando hasta su fuego. Aunque se tensaron y algunos levantaron armas, nadie se aproximó. Los disparos fueron irregulares luego, como si las sombras negras hubieran sido liberadas para disparar a voluntad, pero grandes columnas de luz pálida surgieron del interior del bosque. Flamas de linternas, y no pequeñas. La pelea duró unos minutos más, pero no mucho más.

Debió haber sido una masacre.

Angharad no podía sentir mucha empatía por cultistas y demonios, aunque un atisbo de preocupación le atravesaba al pensar que quizás algunos esclavos habrían quedado atrapados en la masacre. Con suerte, la mayor parte se mantuvo dentro de Cantica, donde los vigías cuidarían de su seguridad mientras atravesaban la ciudad. Esa parte del combate también debía estar casi concluida, pues hacía un tiempo que no se escuchaba un disparo dentro de las murallas. Al menos en las partes que no estaban en llamas.

Angharad se preguntó si Tristan era consciente de que su gesto descuidado había convertido la mitad de la ciudad en la pira funeraria de Yong.

Habían estado acampados alrededor del fuego poco más de una hora cuando, finalmente, vieron movimiento. Un grupo que seguramente había salido por la puerta principal se aproximaba con paso rápido. Una docena de hombres, lo que hizo que todos alcanzaran sus armas, hasta que Song distinguió las sombras negras. Aún más tranquilizador, dos de los vigilantes parecían llevar una

camilla. La compañía se levantó en pie a medida que las sombras negras se acercaban, aunque una mujer alta, con el porte de los someshwari, encabezaba la fila, mirando de frente.

“La sargento Hina”, se presentó con poca cortesía. “Nos enviaron para buscarlos y recoger a los heridos, pero primero necesito nombres y una lista de efectivos.”

Eso fue fácil de proporcionar mientras Zenzele era ayudado a subir a la camilla bajo la vigilancia atenta de Ferranda. La sargento, visiblemente fatigada y con la mejilla marcada por las cenizas, frunció el ceño mientras miraba un papel en su mano, probablemente el manifiesto de Bluebell, y suspiró.

“¿Hubo otros sobrevivientes?”, preguntó Angharad.

Su sospecha era que no, dado lo preciso que Zenzele había hablado acerca de Cozme Aflor. Lo único que había silenciado su lengua era que, en verdad, no podía pensar en ninguna razón por la cual aquel noble quisiera matar al hombre.

“Tupoc Xical”, respondió la sargento. “Participó en la pelea con el Santo en la plaza del pueblo y causó tanta impresión que el cabal enviado por el Comandante Artal lo está interrogando personalmente. No se encontraron otros supervivientes.”

Tupoc. Por supuesto que el arrogante Izcalli seguía vivo. ¿Qué, pensaba Angharad con indignación, iba a hacer falta para acabar con ese hombre? El rostro de Zenzele permanecía frío, incluso mientras yacía en la camilla, pero no parecía verdaderamente enojado. Quizá lo había esperado, pues en el fondo el Pereduri sospechaba que ninguno de ellos había pensado realmente que Tupoc moriría en medio del caos.

El caos era su entorno más propicio.

“Ahora tengo algunos puntos en mi lista que puedo tachar,” dijo la Sargento Hina. “Ferranda Villazur, su atención, por favor.”

Lady Ferranda apartó la mirada de Zenzele, sorprendida.

“Lo tienes.”

La sargento aclaró su garganta y, al hablar, su voz sonaba como si recitara de memoria.

“Dado el índice de bajas de este año y su desempeño durante las pruebas, el Capitán Mateo ha sido instruido para hacerles dos ofertas,” explicó la antigua Someshwari. “Una de ellas consiste en regresar a Sacromonte en el próximo barco que zarpe.”

Los labios de Ferranda se fruncieron. Ella ya había manifestado que no tenía intención de volver a su hogar ni a sus responsabilidades.

“¿Y la otra?”

“El capitán está en la ciudad,” se encogió de hombros la sargento Hina. “Hable con él y descubra qué puede ofrecerle.”

La infanzona dudó un instante.

“Así lo haré,” dijo.

“Bien,” asintió la sargento, dirigiendo la mirada hacia ellos hasta posarla en Tristan. “Tristan Abrascal.”

Angharad sintió cierta sorpresa al darse cuenta de que tenía un apellido, dado que no lo había mencionado ni siquiera al presentarse ante la sargento. Qué extraño. Habría habido menos dudas sobre sus habilidades como médico si hubiera demostrado tener un fondo adecuado para esa profesión,

“Quizá,” afirmó Tristan. “¿Quién pregunta?”

La oficial de la Guardia frunció el ceño.

“Una oficial tenía que encontrarse contigo en Tres Pinos, pero envió un aviso diciendo que no puede,” explicó la sargento. “Fue convocada en La Madriguera y luego te buscará ella misma.”

El Sacromontano era, por lo general, un hombre reservado, había descubierto Angharad, por lo que resultaba aún más notable cuando su estado de ánimo se mostraba desnudo por medio suspiro. Esperanza, temor y rabia, todo a la vez, tan entrelazados que apenas podía distinguirlos. Y luego desaparecían en un parpadeo, ocultos tras una sonrisa amable. La curiosidad le picaba a Angharad. ¿Quién podía ser la causa de que aquel hombre de ojos grises pareciera tan vulnerable—familia, un amante?

“Entendido,” dijo Tristan.

“Muy bien,” asintió la sargento. “Hemos terminado aquí, salvo por aquellos de ustedes que tengan ese último asunto que atender.”

“Asunto,” repitió Shalini. “¿De quién?”

“No corresponde a mí decidirlo,” afirmó la sargento Hina.

Su mirada recorrió a todos.

“Todos son libres de entrar en la ciudad,” dijo la sargento. “Cantica ha sido asegurada y en una o dos horas enviaremos a los heridos a Tres Pinos en un convoy. Serán ustedes los que partirán con ellos.”

Luego buscó con la mirada a Song, y después a Sarai.

“Dicho esto: Song Ren, Maryam Khaimov. El Capitán Mateo comunica que las pruebas oficialmente han finalizado y, por tanto, ya no tienen la obligación de mantener el secreto. ¿A quién necesitan ver?”

“Muy agradecida, sargento,” respondió Song con calma. “Solo necesitamos hablar con Lady Angharad y Tristan, a menos que—”

“No,” dijo Sarai—¿Maryam?—con una expresión ligeramente divertida. “No he cambiado de opinión.”

Song suspiró.

“Lady Angharad y Tristan,” confirmó.

“Les dejo a ustedes cuatro, entonces,” dijo la sargento Hina, asintiendo con la cabeza. “Lo mínimo que puedo hacer, considerando la audacia de lo que han hecho. La noticia ha sido tema de conversación en los cuarteles durante semanas, no tengo inconveniente en decirles.”

Angharad lanzaba una mirada rápida a Tristan, encontrándolo sin sorpresa alguna. Song le había dicho a la noble que recibiría una oferta al final de las pruebas; ¿habría sido lo mismo que le había contado a él Maryam? Tanto Shalini como Ferranda parecían intrigadas por no ser apartadas, aunque solo eso. La fatiga los cubría a todos como un manto. En cuanto a Zenzele, uno de los vigilantes le hacía beber de un pequeño odre y él no prestaba atención a nada en particular.

Las despedidas fueron breves, dado que solo se separarían por un corto período, y cuando los vigilantes marcharon, los demás los siguieron.

Quedaron los cuatro solos junto al fuego, y, por falta de algo mejor que hacer mientras el silencio se hacía más denso, Angharad volvió a sentarse. Ella y Tristan en un lado, ‘Maryam’ y Song en el otro. La mujer de tez pálida las miró a ambas, como queriendo impulsarla a hablar, y Song aclaró la garganta.

“Hubiera preferido tener esta conversación con una comida caliente y rodeadas de muros,” dijo. “Pero los dioses son cosas caprichosas,” añadió. “Debo comenzar aclarando algo: no todos los que pasan las pruebas son iguales, sin importar el año, pero este en particular lo es aún más. Algunos de nosotros fuimos, en una palabra, ‘recomendados’.”

Hizo una pausa como si quisiera que aquello calara en ellas. Por fin, Angharad pensó, iban a saber qué ocultaba tanta clandestinidad. ¡Había sido demasiado tiempo de espera!

“Para ser precisos, ambos han sido recomendados como candidatos para asistir a Schulomance cuando abra en unos meses,” dijo Song.

La Pereduri levantó una ceja. Había oído hablar de Schulomance, la antigua escuela del Vigilante que había cerrado por motivos de los que se especulaba mucho, pero no veía por qué le interesaría asistir a un lugar así, aunque volviese a abrirse.

“Pensé que el propósito de estas pruebas era hacer que uno ingresara directamente en las filas del Vigilante,” dijo. “¿Por qué alguien querría convertirse en alumno en su lugar?”

“Fases sería la palabra adecuada,” le aclaró Song. “Eso es lo que la supervivencia te otorga: un puesto en el ejército regular del Vigilante, sirviendo como soldado en la Cuadra o inscribiéndote en alguna de las compañías libres. Pasarán años antes de que se te considere para un puesto de oficial, mucho menos para un cargo de influencia.”

Hizo una pausa.

“Los estudiantes de Schulomance, al graduarse, son ordenados como miembros de un pacto —lo que habrán oído llamar los siete Círculos del Vigilante—. En vuestro caso, el mismo pacto que auspiciará vuestra candidatura en primer lugar.”

La mujer de ojos plateados dirigió una mirada a Tristan.

“Cripteya,” dijo, y luego se volvió hacia Angharad. “Y Skiritai. Es a donde vas, si decides aceptar.”

La Sacromontana de ojos grises no mostró sorpresa ante la noticia, a diferencia de ella. Dudaba mucho de que su tío, indefenso, fuera miembro de los Militantes, los mejores soldados del Vigilante, así que seguramente había manipulado algunas cuerdas. Entre sus aparentes influencias y el falso Yaretzi, que afirmaba que había gastado una fortuna en asesinar a sus presuntos asesinos, Angharad empezaba a entender que sabía mucho menos sobre Osian Tredegar de lo que pensaba.

“¿Cuánto durará?” preguntó Tristan. “La formación, quiero decir.”

“Cinco años,” respondió Sarai, —Maryam—. “Los estudiantes se dividirán en clases según el pacto y serán instruidos por veteranos de cada uno.”

“Hay más en ello,” dijo Angharad. “Mencionaste que tendrías una oferta para mí, Song, pero esto no es. Espero que algún vigilante vuelva a hacer esta propuesta formalmente. ¿Qué buscas tú de mí?”

“Tredegar ha hecho lo correcto,” dijo Tristán, inclinando la cabeza ligeramente. “¿Qué pasa, Maryam?”

Las dos mujeres se intercambiaron miradas.

“Esta oferta fue hecha por un miembro de la Guardia, Angharad,” finalmente dijo Song. “Llevo siendo uno de ellos desde hace dos años.”

Angharad se quedó quieta, reuniendo muchas piezas en su mente. No era de extrañar que los Tianxi hubieran conseguido una mapa del Dominios de las Cosas Perdidas. La Guardia no dejaría que uno de los suyos cayera en aquello.

“Solo un poco más para mí,” dijo Maryam, “pero no importa mucho. Lo que sí importa es que las dos estamos en camino a Scholomance cuando abra sus puertas.”

Tristán soltó un bufido divertido.

“Al final de estas pruebas vestiré un manto negro,” dijo, con un tono que parecía citar a alguien. “Ingenioso.”

Maryam devolvió la sonrisa.

“Intento ser así,” dijo, con una falsa humildad que sonaba claramente soberbia.

Aunque era entretenido verlo, Angharad no permitió que le distrajera.

“No necesitabas realizar estas pruebas para calificar para Scholomance,” afirmó. “Entraste por otros medios, igual que la mayoría de los otros estudiantes. Entonces, ¿por qué venir aquí en absoluto?”

Blanco o no, Song había estado muy cerca de morir varias veces durante las pruebas. Dado que Sarai — Maryam, se recordó a sí misma — no era precisamente una luchadora, los riesgos para ella debieron ser aún mayores.

“Por la misma razón por la que cada compañía mercenaria barata en Vesper tiene un hombre esperando junto a las cárceles y horcas, Tredegar,” dijo Tristán. “Buscan reclutar de los desesperados porque nadie más se acerca a ellos.”

Angharad cruzó miradas con Song y vio en sus ojos la sombra de un estremecimiento, aunque nunca se reflejó en su rostro.

“Nadie asiste a Scholomance en solitario,” explicó la Tianxi. “Los estudiantes deben formar una banda el primer día, que enfrentará la prueba anual que todos los inscritos en Scholomance deben afrontar. La mayoría de los estudiantes procederá de compañías libres o de grandes fortalezas de guarnición, por lo que serán enviados juntos en una banda preparada. Hay menos candidatos libres, y de esos...”

“Soy Triglau,” dijo Maryam de manera contundente. “La mitad de ellos pensó que era sirviente de un candidato; la otra mitad quería mantener la distancia de una salvaje ignorante del norte. Me inscribí con Song porque está igual de mal que yo.”

Y eso era lo que desconcertaba a Angharad, pues Song no parecía estar en tan malas condiciones—no con sus habilidades, su contrato ni su carácter.

“¿Qué hiciste?” preguntó con franqueza.

“Yo nací,” respondió Song. “Soy un Ren de Jigong, Angharad. Mi familia está más allá de la vergüenza que las palabras puedan describir—y maldecida por ello con cincocientos mil lenguas. Ningún Tianxi se acercará a mí si tiene opción, y mi simple presencia sería un lastre para

cualquiera que trate con las Repúblicas en adelante.”

Una pausa.

“También soy recomendada por la Academia y sería la capitana de cualquier banda en la que participe, salvo que hubiera otra candidata del Stripe,” añadió. “Entre eso y el desprestigio de mi familia, pocos se animaron. Ninguno con el que quisiera estar como camarada.”

“Así que examinamos otros medios para conseguir candidatos a Scholomance,” dijo Maryam. “Aquellos que no son tan favorecidos. El Dominio fue el campo de pruebas más brutal de este año, y por eso el más probable para esconder joyas.”

—Ahora solo estás halagándome—, le sonrió Tristan. —Continúa, por favor.

—Acordamos tener un candidato cada uno, ya que cuatro es el número mínimo aceptado para una conjura—, dijo Song, encontrando la mirada de Angharad—. Yo elegí a ti.

Y sería mentir decir que no sentía un pequeño escalofrío ante estas palabras, de una persona tan hábil decidiendo que ella era la mejor opción, pero Angharad no estaba segura de poder aceptar esa elección. No cuando un día tendría que abandonar la Guardia para buscar su venganza.

—Song—, tragó saliva—. Yo—

La mujer de ojos plateados se levantó con gracia.

—Ven—, dijo ella. —Camina conmigo.

—

Tristan no se molestó en mirar a la pareja partir.

No le disgustaba unirse en causa común con Tredegar, incluso con la seguridad de que en ocasiones tendría que pasar por alto sus sensibilidades; pero ese no era asunto suyo de resolver. En cambio, permaneció allí con Maryam, calentando las manos en la lumbre.

—¿Qué tan grandes pueden llegar a ser las conjuras?—, preguntó.

—Hasta siete miembros—, respondió ella.

—Entonces, deberías haber intentado captar a Zenzele y Shalini—, musitó él, con un toque de reflexión.

Ferranda no sería recomendable, aunque sospechaba algo sobre la oferta que el capitán Mateo estaba a punto de hacerles. Maryam movió la mano en señal de duda.

—Nos hicieron un favor al permitirnos presentar las pruebas—, comentó—. Si no fuera por la peligrosidad, quizás ni nos hubieran dado esa oportunidad.

El ladrón asintió en señal de entendimiento.

—Entonces, tomar demasiados de los suplentes sería exagerar—, afirmó.

La primera razón que se le ocurrió para que la Guardia permitiera que los candidatos pasaran por algo como el Dominio era para reforzar el número de 'candidatos libres', es decir, que aceptar demasiadas personas probablemente sería mal visto por sus superiores. Maryam asintió. Se quedaron allí en un silencio cómodo, dejando que el crepitar del fuego los calentara.

—¿Por qué yo?—, preguntó él.

Ella levantó una ceja.

—Pensé que solo estabas siendo cortés con las adulaciones—, dijo Maryam.

Él la miró a los ojos.

—¿Por qué yo?—, volvió a preguntar simplemente.

Ella soltó una carcajada.

—Al principio consideré intentar con Ishaan y Shalini—, explicó—. Song podía notar que tenían problemas con su contrato; quizás era una estrategia para atraerlos. Pero justo cuando pensaba en cómo proceder, esa rata se me acercó.

Sus labios se curvaron en una sonrisa.

—Tu disfraz necesitaba mejorar—, comentó Tristan.

—Me tenías intrigada—, confesó Maryam—. Y mucho más después de que hablamos cerca de los zaguanes. Sabía que con el mapa en mi cabeza podía unirme en cualquier momento a la tripulación de Ramayan, así que podía contener mi curiosidad y observar hasta saciarla.

—Y luego te quedaste con nosotros cuando las agrupaciones se separaron—, añadió él.

Ella soltó una suave carcajada.

—Es fácil contigo, Tristan, incluso cuando lo haces difícil—, dijo ella, con sus ojos azules brillando.

—No tienes idea de lo raro que es eso para mí.

Él tragó saliva, ligeramente sonrojado.

—Yo también—, confesó—. No he podido...

Era una confesión tan sin artificios que ni siquiera encontró las palabras para expresarla.

—No será fácil, incluso si Tredegar se une—, dijo Maryam de repente, con la mirada seria—. Las pruebas en Scholomance nos enfrentan contra otros conjurados. La mayoría serán más numerosos

y mejor capacitados. Y la propia escuela...

Ella hizo una mueca de desagrado.

—Hay cien rumores sobre por qué cerraron esa institución, en el Rookery, pero el que todos parecen creer es que las tasas de mortalidad eran insostenibles.

Y nada era más inaceptable que esa palabra en los labios de la Guardia, una institución tan vasta que, si se contaran todas sus compañías libres, podría decirse que posee un ejército mayor que el de algunas grandes potencias. Montañas de cuerpos, eso significaba. Mares.

—Eso será difícil de atravesar —musitó Tristan—. Me pregunto qué lo hace tan mortal. No creo que quieran ser imprudentes a propósito.

Los ojos de Maryam brillaron con intensidad.

—¿Aún vendrás? —preguntó.

El ratón se inclinó hacia adelante, tocando suavemente su mano. La que dos dedos le faltaban hasta la falange, sacrificados para salvar su vida a costa de su propia astucia.

—Yo siempre iba a estar de acuerdo, Maryam —dijo con suavidad—. Tú pagaste por adelantado.

Ella cerró los ojos suavemente, casi con duda, y volvió a tomar su mano. Hacía años que alguien no sujetaba su mano de esa manera. ¿Habría sido igual de largo para ella, se preguntó? Al observar la leve asombro en su rostro, pensó que probablemente sí.

Y que él no quisiese retirar su mano le aterrorizaba más que cualquier otra cosa en esta isla.

—

No cruzaron más allá del borde del bosque, pero caminaron lo suficiente para que la luz de la hoguera pareciera llegar desde una costa lejana.

Angharad pensó que Song había soportado bien la prueba del Dominio de las Cosas Perdidas. Su abrigo con cuello de cuero apenas mostrado rozaduras, su sombrero con el ala chamuscada pero sin mayores daños. Apenas tenía contusiones, y lo más desaliñado de ella era que su larga trenza comenzaba a soltarse. Eso era algo raro: esta isla había engullido a tantos, que incluso los que escupía no salían iguales.

Angharad pensaba en el dolor en los ojos de Zenzele, en Shalini que, con la espalda doblada, soportaba el peso de Ishaan, y en Ferranda que abandonaba a todos en Villazur. Ninguno era la misma persona que había subido a la Bluebell, ¿verdad? Algo en ellos había sido cortado, rasgado o quemado, y ahora quiénes eran portaban esa herida hasta el fin de sus días.

No todo era tragedia. Tristan y Maryam habían sido desconocidos hace solo una semana, y ahora estaban irremediabilmente unidos, con la mirada nunca alejada demasiado lejos de la otra.

Conversaban como si se conocieran desde hace años, con esa misma ternura rara que la Madre reservaba para sus camaradas con quienes había derramado sangre. Y Angharad, ella...

Al mirar las estrellas pálidas en el firmamento, la noche temblorosa y la hoguera que parecía un país lejano, Angharad se sentía aún una extraña. Peredur seguía siendo su hogar, aunque para ella fuera un lugar prohibido. Pero ella había estado perdida, huyendo de puerto en puerto a través de Vesper, y ya no era así. Ya no despertaba oliendo a humo, oyendo gritos en el viento, y aunque la muerte nunca la abandonaría, ya no era la totalidad de su sombra.

Había cambiado. Todos habían cambiado, salvo Song Ren.

Song, que seguía siendo la misma mujer que había estado en la cubierta del Bluebell aquella primera noche, pronunciando una advertencia críptica que no fue tomada en serio. ¿Alguna vez realmente perdió la calma, incluso cuando casi se separan por el asunto con Isabel? Hubo enojo, sí, pero controlado. La Tianxi aún dominaba su temperamento. Song había atravesado líneas, ruinas y maleza sin una marca, sin una pérdida. Plateada, tan impoluta como sus ojos.

La Tianxi observaba el bosque, en busca de secretos que la oscuridad pudiera ocultar, cuando por fin rompió el silencio.

“Fuiste incluida tarde en la lista de la Bluebell.”

“Es obra de mi tío”, dijo Angharad. “Una persona que consideraba casi un extraño, pero que podría ser mucho más que eso.”

“Me llamó la atención lo de los apellidos compartidos”, admitió Song. “Pero solo hasta cierto punto. Fue cuando los rojos acordonaron todo un muelle para atraparte y casi llegaron a un tiroteo con la Bluebell que realmente empezó a importarme.”

“Tengo un enemigo”, dijo Angharad con sencillez.

Había un rastro de frialdad en el rostro de la otra mujer mientras contemplaba la oscuridad.

“Yo no dispongo de ese lujo”, dijo Song Ren. “De condensar todo el mal dentro de un solo hombre, para poder apretar el gatillo y acabar con ello en un solo instante. Yo intento llenar un abismo, Angharad, que se ahonda con cada respiro que tomo. Hemos roto una novena parte de los Cielos y mis hermanos piensan que pueden simplemente—”

Ella inhaló profundamente, con rapidez, y luego exhaló lentamente.

“No es un enemigo a enfrentar”, dijo Song en un tono calmado. “Pero comprendo lo que es buscar la Vigilancia como medio y no como fin. En eso somos iguales. Tienes dudas porque un pacto no es algo que se pueda deshacer a la ligera.”

“Pensé en inscribirme por siete años”, admitió Angharad.

“Pasar siete años como soldado raso en una compañía libre o como guardia en alguna fortaleza del Garrison no te acercará a tus metas”, le explicó la mujer de ojos plateados. “Podrás reservar algo de dinero y hacer algunos contactos menores, pero nada más. Los contratos de siete años no gozan de gran prestigio.”

“Pero los Círculos sí”, dijo Angharad.

“Llámales convenios”, dijo Song. “Solo los foráneos los llaman Círculos. La Vigilancia es casi una nación aparte, aprenderás, con su propia lengua y costumbres.”

“Entonces, convenios”, desestimó Angharad. “Puedo saber poco del funcionamiento de la Vigilancia, pero esto sí sé: unirse a un convenio no se jura en siete, sino hasta la muerte.”

“O hasta que uno pueda retirarse”, añadió Song. “Eso suele concederse solo a quienes han servido por décadas, pero puede ganarse antes con grandes hazañas. Y tendremos oportunidades para ello. La Vigilancia reabrió la Scholomance por una razón, Angharad. Están preparando algo.”

La noble frunció el ceño.

“¿Para qué?”

“No lo sé”, admitió Song. “Pero lo que sí sé es que, como escritai, formarías parte de un convenio entre los mejores asesinos de toda Vesper. Uno que te favorecerá incluso después de haber dejado el servicio.”

“No puedo permitir perder cinco años en una escuela, Song”, dijo Angharad en voz baja. “Dejar que el mundo pase sin que yo lo vea. Mi casa merece algo mejor que eso.”

“Las pruebas que la Vigilancia enviará a nuestro grupo no son peleas de patio de recreo”, afirmó ella. “Seremos enviados al mundo con contratos genuinos. Con la capacidad de elevar nuestro nombre, formar aliados y obtener fondos.”

Y, en esa forma, era tentador. Pero también arriesgado. Song tenía razón, y ella podría conseguir una pensión, ganando lo suficiente para justificar esos años de sacrificio, eso... tantas cosas. Quizá demasiadas para su propia tranquilidad. Pero Angharad había estado tomando riesgos desde el día en que empezó a correr hacia la Bluebell, ¿no es así?

No existía una respuesta perfecta. Insistir en una sola la había llevado a una irrupción de la Guardia, que entró en su puerta y confiscó las últimas posesiones en Sacromonte. La tentación de negarse, buscar un camino que le ofreciera todo lo que deseaba sin costo, aún persistía, pero Angharad había aprendido a no confiar en esa voz.

La última vez, solo había partido con un sable y la ropa que llevaba puesta.

El fuego parecía tan lejano, pensó, pero su hogar aún lo estaba más. Y tendría que atravesar más que agua y oscuridad para volver, pues aunque vestir una capa negra detendría la mano de su enemigo, ellos permanecerían allí afuera. Esperando, conspirando.

¿Hasta qué punto estaba dispuesta a pagar por regresar a casa? ¿Cuánto estaba dispuesta a dejar atrás?

Al menos esto aprendió Angharad Tredegar.

—Muy bien —susurró—. Lo haré.

Y en algún lugar, el Pescador rió.